

Durante los meses que siguieron, cogíamos al niño en brazos, y bailábamos así, los tres juntos, en el salón de casa, los boleros que Eva ponía en la gramola, aunque, para entonces, yo había pasado un par de días con Elena en un chalet de la sierra y el doctor Beltrán se había convertido en nuestro médico de cabecera, y nos regalaba placas de música clásica que él conseguía que le trajeran del extranjero.

(7 de agosto de 1992. ¿Por qué no fechar las anotaciones en este cuaderno y convertirlo, al tiempo, en una especie de diario?)* De nuevo, esta tarde la ciudad vive aprisionada por el bochorno. Desde hace unos días se repiten el calor asfixiante y unas tormentas que llegan cargadas de gran aparato eléctrico.

Desde el sillón de mimbre en el que dormitaba he visto pasar una bandada de palomas. Luego ha empezado a llover. He pensado que también los animales participaban de una desa-

*¿Para qué he empezado a escribir?, ¿para quién? Quizá sólo para responder a unos papeles de Manuel que encontré el otro día mientras registraba en la habitación que ocupó años atrás, después de su divorcio, en los días en que Eva se moría en el hospital, y cuya lectura me llenó de tristeza. Escribió esas páginas y luego las olvidó sin pensar en el daño que podía causarme. Hasta en eso se parece a su madre: sus descuidos son una forma de desconsideración hacia los demás, de superioridad.

zón semejante a la que yo sentía, como si la cabeza fuera a estallarme. El universo forma una unidad y los seres que lo habitamos participamos misteriosamente de sus estados de ánimo, de su energía. Ramón y yo.

La tormenta ha perturbado durante un instante nuestro equilibrio. Buscaba yo la caja en la que guarda Ramón mis tranquilizantes, y no he sido capaz de encontrarla. Tal vez influida mi sensibilidad por la desazón que parecía presidir la tarde entera, la búsqueda de esa caja ha ido levantando ante mí una imagen de la vejez que me ha desagradado profundamente, o que, por decirlo sin circunloquios, me ha asustado.

Ya digo que probablemente ha influido el bochorno, pero lo cierto es que, mientras procedía a la búsqueda infructuosa, he ido excitándome, he empezado a notar que me temblaba todo el cuerpo y, al final, me he descubierto, sudoroso y lleno de rabia, de rodillas ante uno de los muebles del cuarto de baño. Al verme así, reflejado en el espejo, me he incorporado presa de enorme angustia y he pulsado el timbre que me comunica con Ramón y que, instalado en los lugares estratégicos de la casa, suena en la cocina, el cuarto de plancha, el jardín y la buhardilla.

Generalmente, en cuanto hago sonar ese timbre, Ramón aparece de inmediato y, sin embargo, como si la perturbación atmosférica tuviese que influir también en el acuerdo doméstico que nos une, hoy no se ha presentado. Hasta tal punto parecían caer en el vacío mis insistentes llamadas, que he llegado al pie de la escalera que conduce a la buhardilla, y desde allí las he repetido, esta vez de viva voz, sin obtener tampoco respuesta. La alarma se ha apoderado de mí y he dudado en si debía subir yo mismo a la buhardilla, pero al levantar la vista, me ha vencido el desánimo.

No es que me venciese el desánimo de la pereza. Al fin y al cabo, subir todos aquellos peldaños podía haberme servido como ejercicio de relajación ahora que ya se precipitaba sobre la ciudad una tromba de agua que, al golpear sobre las hojas de los árboles del jardín y en los vidrios de las ventanas, me proporcionaba el deseado sedante. No, no era ese tipo de cansancio, sino otro lejano que me llegaba desde los días en que discutía con el arquitecto los planos mientras se iniciaba la construcción de la casa. De repente, me ha vuelto la razón de cada uno de los detalles de esa escalera, que es ancha, de escalones bajos y barandilla alta, precisamente porque desde el principio Eva y yo pensamos en habilitar la buhardilla como cuarto de juegos y

estudios de los hijos que íbamos a tener, y buscamos la mayor seguridad en su dibujo.

Con el fin de que sirviese de almacén o desván, arreglamos un pabelloncito que da sobre la tapia trasera y que era la única edificación con que contaba la finca cuando la adquirimos y en la que los antiguos propietarios habían guardado útiles y herramientas y también algunos muebles que interesaron particularmente a Eva, ya que entre ellos había piezas isabelinas, alfonsinas y de no sé qué otros estilos. Nosotros decidimos darle al pabellón idéntico uso, puesto que, según los planos que trazamos para la casa, quedó situado en un lugar muy cómodo y también muy discreto, en la zona menos noble, a espaldas de la cocina. Cubierto de yedra y galán de noche, resultaba, además, casi invisible. Junto al almacén respetamos un desnivel de escasa profundidad y bastante ancho, que los antiguos propietarios habían utilizado para quemar hojas secas y maleza y que aún hoy Ramón utiliza con el mismo fin.

Mantuvimos pues el almacén en esa edificación de tamaño más que regular y levantamos un pequeño cenador junto al ala derecha de la casa, al borde de la piscina. Dos de las cuatro fachadas del cenador estaban formadas por paneles de vidrio que se recogían cuando llegaba

el buen tiempo, dejando circular libremente el aire en el interior de la pieza. Eva utilizaba sobre todo en otoño esa construcción que había sido pensada como buffet para el verano. Era su sala de lectura predilecta. Ordenaba encender la chimenea y pasaba allí tardes enteras, levantando de vez en cuando la mirada de las páginas del libro para posarla sobre las hojas marchitas de los árboles iluminadas por el suave sol de octubre.

Le gustaba leer en voz alta. Con frecuencia me distraía de mi trabajo para leerme una página de una novela, un poema, o una noticia del periódico. «No me estás haciendo caso», se quejaba, aunque yo me esforzaba por mantener un gesto de atención que a ella nunca le parecía suficiente. Años antes me había tocado a mí leerle a su hermano Manolo, pero aquellas lecturas formaron parte de un ambiguo contrato en el que se mezclaban las obligaciones de amistad con las estrictamente laborales. En mi mente esas lecturas en alta voz se habían asociado en los primeros tiempos de mi relación con la familia con una actitud lejana, superior, muy característica de todos ellos, y esa sensación volvía a asaltarme al ver a Eva rodeada de libros y escuchando música en el cenador. Si días atrás escribí en este mismo cuaderno que jamás fui celoso, tendría que matizar esa afirmación,

porque sí que tuve muchas veces celos del cenador, de los libros y de la música, que la alejaban de mí, o por ser más preciso, que me demostraban que mi acercamiento a ella se producía sólo en determinadas parcelas, pero que dejaba también enormes vacíos que nunca iban a colmarse.

La visión de la escalera de la buhardilla me ha traído la inmensa desolación de esos territorios que nos alejaban, que siempre estuvieron ahí, separándonos, aunque en los mejores tiempos nos esforzáramos en llenarlos con aportes de afecto. He vuelto a ver a Eva sentada en el cenador y a escuchar un vago eco de música, y la he visto tumbada sobre la alfombra de la buhardilla leyéndole cuentos a Manuel antes de que él aprendiera a hacerlo por sí mismo. Le leía durante horas, sin fatigarse, manteniendo el mismo calor en la voz, marcando la entonación, el ritmo, y escenificando un poco cuando era un personaje quien hablaba; entonces, su voz se volvía ronca y amenazadora si se trataba, por ejemplo, del lobo, y cristalina si era un hada o una princesa.

Ramón me ha encontrado allí, al pie de la escalera, con la mano apoyada en la barandilla y un gesto de abatimiento que lo ha alarmado. «¿Se encuentra usted mal?, ¿le ocurre algo?», me ha dicho, y se ha puesto luego a darme

explicación de las razones de su tardanza: se había dormido, estaba desnudo («por el calor, ¿sabe usted?», me ha dicho), y ha tenido que vestirse antes de bajar. Me ha producido una extraña sensación esa palabra, «desnudo», porque no he podido rechazar de mi cabeza la imagen de su cuerpo robusto, allí tendido sobre un colchón, en esa buhardilla que para mí sigue siendo un depósito infantil de muñecas, trenes, soldados, hadas y princesas, y que en mi memoria aún huele a colonia de baño.

Desde que Ramón vive en la casa, jamás he subido a la buhardilla y soy incapaz de imaginarme qué orden habrá él impuesto allí. La imagen de su cuerpo desnudo y el desconocimiento del estado actual de esa zona de la casa que durante años fue la más querida, me han llevado a reflexionar acerca de cómo la vejez sigue haciendo crecer el proceso de extrañamiento, de pérdida. Uno pierde facultades, pero también espacios: lugares que ya no se frecuentan, habitaciones que no se abren, rincones del jardín que no piso.

Por vez primera desde que él está aquí, lo he sentido como un extraño. No como parte del servicio de la casa, que es como he visto siempre a criados, jardineros o cocineras, sino como un cáncer que ha empezado a crecer y ha infectado ya una parte de la vivienda. La tormenta

expulsando del cielo las palomas. Ahora, la buhardilla son sus enormes pies desnudos y sus piernas poderosas rompiendo el aire. He sentido curiosidad por saber cómo habrá decorado las paredes, si tendrá fotografías de la familia en la mesilla, o paisajes, o alguno de esos carteles de revista pornográfica que le darían a la habitación un aire cuartelario. No llego a imaginarlo, aunque viéndolo tan cuidadoso y ordenado, pienso más bien en una decoración de esas que se consideran de buen gusto entre los pobres con pretensiones: ramos de flores secas, un arlequín, cosas así.

La verdad es que ésa debía de ser la idea que yo inconscientemente mantenía —la del arlequín y las flores— hasta que esta tarde le he escuchado decir la palabra «desnudo». La violencia de su cuerpo me ha golpeado poniendo a la luz esa contradicción que siempre está presente en él: su amaneramiento, su cuidado casi femenino de las cosas y de sí mismo, y al mismo tiempo su robustez. Viéndolo se tiene la impresión de que sus actos los ejecuta alguien que no es él, y sólo en los momentos en que poda o cava el jardín o se somete a algún ejercicio físico parece que se produce la reconciliación de los gestos con el cuerpo que los lleva a cabo.

Mientras escribo estas frases, descubro que

también en Eva había gestos que parecían no corresponderle. En el amor le ocurría eso: siempre tuve la intuición de que los gestos animales que el amor exige, las posiciones forzadas y hasta podría decirse que humillantes, no le pertenecían. Estaba en la cama con ella y tenía la impresión de que había mandado a una suplente, algo así como un caparazón de sí misma. Mientras yo golpeaba contra ese caparazón, la verdadera Eva se quedaba leyendo en una butaca, siempre con el fondo musical de aquellas placas que el doctor Beltrán le regalaba.

De ahí la rotundidad de mis primeros encuentros con Elena, porque el amor nos exigía los movimientos que nuestros cuerpos sabían; aún más, los únicos movimientos y gestos en los que nuestros cuerpos se reconocían desde siempre. Esos que se ponían en cuclillas, que se pasaban la lengua a través de los labios, que metían los dedos en los lugares más sórdidos y gemían y suspiraban con un ritmo entrecortado, éramos la única verdad de nosotros mismos, y todo lo demás, la máscara que los otros nos imponían.

Nos conocimos en 1948, en una fiesta a la que había acudido con Ort. Elena, que trabajaba como intérprete, estaba allí por razones de amistad con la hija del propietario de la empresa que organizaba la fiesta. Si fuera ahora, po-

dría decirse que se trataba de una feminista, porque era una de esas mujeres que dio la Sección Femenina, y que fumaban, bebían y jugaban al tenis: un cúmulo de actividades anormales para la mayoría de las mujeres de entonces. A simple vista reconocimos nuestro deseo.

Desde mi boda con Eva yo no había tenido más relaciones fuera del matrimonio que las que me proporcionaron unas cuantas noches de copas con Ort que terminaron en la cama de alguna golfa. Pero Elena no era una golfa: era un cuerpo que se convertía entero en sexo. Nos reconocimos enseguida, a lo mejor porque yo también necesitaba una sinceridad o una brutalidad física que la delicadeza de Eva no me permitía. Con Elena viví la sinceridad.

La primera noche abandonamos la fiesta juntos. Ort me dejó las llaves de su automóvil y las de un chaletito cerca de Las Matas. Elena se sentó desnuda en la cama y yo me arrodillé frente a ella. Abrió su sexo para mí y hundí mi rostro en él. Era la primera vez que bebía de un sexo: con las prostitutas siempre había sentido asco y a Eva no me había atrevido a pedirselo nunca. También sabía que esa pasión no hubiera sido buena para mantener la estabilidad en casa y que su lugar estaba fuera del matrimonio como un complemento necesario.

No. Desgraciadamente, los recuerdos no son neutros, ni apenas útiles: ni siquiera se reducen a una sucesión de estampas como las colecciones de cromos que hacía Manuel en su infancia: futbolistas, fauna salvaje, maravillas del mundo, Los Diez Mandamientos. Los recuerdos tienen un orden, un antes y un después, el tiempo de las heridas y el de las llagas que siguen supurando durante años sin que nada pueda sanarlas.

El sexo con Elena me pareció al principio una fruta madura y, luego, durante años, se me ha aparecido como un pájaro herido. A los recuerdos sólo se los disimula con nostalgia, y la nostalgia es estúpida como esa decoración de arlequines que había yo imaginado en el cuarto de Ramón hasta que le descubrí, con una palabra suya, el cuerpo.

Elena, la avidez. Me despierto durante la

noche, e intento recordar los rasgos de su cuerpo, el tono de su voz, y no lo consigo. Líneas grises que se desvanecen si cierro los ojos y que no están si los abro, manchas trazadas sobre papel mojado. Siento la materia de la que estaba hecha Elena, pero no su forma, su orden que era mi avidez desordenada.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida con ella, y también por qué no se me pasó nunca por la cabeza que pudiera llegar a ser. La primera noche, mientras intentaba servirle otro güisqui en el chalet, se fue la luz y una de las copas se estrelló contra el suelo. Oí su risa en la oscuridad y allí mismo, de pie, empecé a morderle los pezones. Tenía ganas de llorar. Lo hice luego, con mi cabeza entre sus muslos, la sal de mis lágrimas confundida con la de su sexo. Se retorció sobre mí, me tiraba del pelo y yo lloraba entre sus piernas porque tenía la impresión de que la vida y la felicidad estaban allí y que bastaba un gesto para capturarlas y que yo no sabía cómo hacerlo.

Mientras se vestía, ya con las primeras luces del día entrando por la ventana, le dije: «¿No tienes miedo?» Se volvió para mirarme. «¿De qué?», preguntó. «De que te tome por una cualquiera.» Se echó a reír y me llamó «puta» y yo la desnudé precipitadamente otra vez. Y al tiempo que iba arrancándole la ropa, pensaba que Eva

me despreciaba tanto que ni siquiera había intentado joderme.

Pero ¿por qué escribo esto?, ¿por qué me dejo poseer por los recuerdos, por las heridas abiertas?, ¿por qué me humillo sin que nadie me lo exija? Entrar en una herida abierta, palpar sus bordes, sentir que sus bordes son los cabellos de Eva rozándome la cara, sus brazos flotando por encima de mis hombros mientras bailamos un bolero en el salón del doctor Beltrán, que está lleno de amigos de los que ella se ha ido rodeando, eligiéndolos cuidadosamente, como con pinzas, y que todos resultan útiles para mis negocios, pero que ninguno se me parece.

Esa noche, Ort ya no está. Ya no lo invitan, porque resulta demasiado vulgar cada vez que saca la cartera y enseña un fajo de billetes atado con una goma, cada vez que enciende un cigarro y agita la cerilla en el aire para apagarla. No: Ort ya no viene. Seguimos siendo socios en algunos negocios, nos vemos algunos días a la hora de comer, hablamos ante una copa: de dinero, de putas o de fútbol. A veces me presenta a alguna de sus amigas, que son todas como muñecas infantiles, niñas escuálidas a las que le gusta aplastar bajo su peso cada vez superior.

Ort tiene una vitalidad desbordante, que le hace estallar los botones de las camisas, que

le hincha las chaquetas, que le colorea el rostro por encima del bigote, y esa vitalidad desentona en las fiestas que dan los amigos de Eva, y a Eva misma parece asfixiarla Ort nada más que con su presencia, como yo imagino que asfixia a sus muñecas rubias bajo el peso del cuerpo creciente. Claro que Eva lo ha ido acorralando poco a poco. Ha anotado y me ha hecho ver cada uno de los gestos de Ort que no le resultan adecuados, ha guiñado imperceptiblemente los ojos con desagrado cada vez que él ha levantado la voz por encima de lo socialmente tolerable, ha venido a contarme cada palabra grosera que él le ha dicho a alguna de las amigas de la casa aprovechando el instante de relativa intimidad que, en medio de una reunión tumultuosa, puede conseguirse en un pasillo, en un rincón.

Al principio, sí. Al principio es el maestro, el que nos enseña dónde está cada cosa en Madrid, y el modo de conseguirla, el que nos guía en un laberinto, el que nos invita a comer porque advierte, no se sabe cómo, que nuestra economía va aún peor. Lo hace siempre discretamente, fuera de su casa, sin que se enteren ni su mujer ni la mía. Nos lleva a algún restaurante y, al final de la comida, cuando Eva se levanta para arreglarse en el tocador, me tiende un par de billetes de mil pesetas.

Eva telefonea continuamente a su mujer, sa-

len juntas, van al cine, de compras, o a tomar un café en la Gran Vía. Ort es el único que pisa en un par de ocasiones la pensión en que vivimos durante los primeros meses: es el único que no importa que la pise. Lo sabe todo. El único a quien Eva invita a comer en el miserable piso al que nos trasladamos después. Charla con él, recibe con agrado los cumplidos sobre las hábiles manos de la recién casada que, a pesar de venir de buena familia y de ser una damita, hace unas croquetas riquísimas y prepara un cocido para chuparse los dedos.

Después, poco a poco, las relaciones se enfrían. Eva sabe cómo enfriar las relaciones. Sigue saliendo de compras con su mujer, pero a él ya no lo llama, ni lo invita, y la nueva casa la visita Ort en varias ocasiones mientras se están llevando a cabo las obras, pero una vez concluidas pasa un tiempo antes de que Eva los invite a los dos, a la mujer y a él, y les vaya enseñando las habitaciones, y les abra las puertas una por una, pero no las de casa, porque no los llama a la hora de comer, sino a la de la merienda, y los sienta en el salón, y es la criada quien sirve, y Eva y la criada cuidan cada detalle al milímetro, todo exquisito, medido, como dejando claro que en aquella casa ya nada será igual. No vacila en sentarse al piano y tocar alguna pieza, a la espera de que ellos bostecen, y la despedida se

prolonga hasta la hora de la cena, pero Eva no les pide que se queden, y así ya les ha marcado que allí se va con un fin determinado, y nada más que con ese fin: a cenar, a merendar, a comer; es decir, exclusivamente a aquello para lo que se ha sido invitado.

Sin embargo, resulta curioso, pero no será Eva la que defina la carencia de Ort. Lo hará Elena, meses más tarde, cuando ya las llamadas de Eva a la mujer de mi socio son esporádicas, aunque igual de calurosas que siempre. «Hija, llevamos un montón de tiempo sin vernos. Mañana por la tarde. Quedamos en Callao. Donde tú quieras. Sí, ahí, en el Capitol, como en los viejos tiempos.» Y, de repente, los viejos tiempos son sólo la constatación de que éstos son ya otros tiempos, con otra manera de trato y otra relación.

Ni Ort ni yo queremos enterarnos. Pensamos que son cosas de mujeres, o ni siquiera pensamos en nada. Yo, en mi caso, no creo que lo vea, que vea cómo nos estamos alejando. Nosotros dos nos reímos igual que siempre, hablamos de los muslos de las mujeres que caminan por la acera mientras cruzamos Madrid en automóvil: la calle Goya, Serrano, Alcalá. Ort ha empezado a dedicarse más a las importaciones, aunque siga construyendo frenéticamente, pero separamos poco a poco las empresas, las mías y

las suyas. Escribo que no nos enteramos, pero de algo sí que tenemos que darnos cuenta, porque busquemos trabajar más cada uno por su lado.

Una tarde le comento que he quedado a cenar con Elena y me propone que vayamos juntos. Llevará a una de sus muñecas. Cenamos en un restaurante de la Cuesta de las Perdices y, después, nos dirigimos al chalet. Hemos bebido más de la cuenta y, aunque Elena me ha parecido susceptible durante la cena, todo parece ocurrir en armonía, hasta que, en el chalet, empiezan las risas, las bromas y, de repente, Ort, la muñeca y yo nos quedamos medio desnudos en el salón. Ort se acerca a Elena, que ha ido alejándose del grupo, y la anima a que participe. Pero Elena se levanta y se va al servicio. Voy a buscarla. Está sentada en el borde de la bañera fumándose un cigarrillo. Me dice: «Vámonos ahora mismo.» Nos vamos sin despedirnos. En el salón suena la música y Ort y la muñeca se empujan sobre la alfombra. De vuelta a casa, en el automóvil, dice: «A ese tío le falta estilo.» Lo ha definido.

Ella lo tiene. Su madre es viuda de un diplomático y sus hermanos son militares y hombres de negocios. Los conozco. Hemos coincidido a veces en sitios. Pero, aunque no los conociera, sería igual: a ella se le nota el estilo en cómo

enciende el cigarrillo, en el color del esmalte de las uñas, en el corte de la chaqueta y en cómo cruza las piernas. Paramos en la carretera y hablamos. Me dice: «Hoy sí que me has tratado como a una cualquiera.» Y yo le respondo: «Trátame tú como a una puta. Fóllame.» Lo hace. Se sienta sobre mí, me muerde los pezones, me abofetea, me golpea en las nalgas. Me folla.

La carencia de Ort: el estilo. Es carencia su exceso, que a mí me atrae. A Eva la aplasta la voluminosa presencia de Ort, a mí me parecen enfermizas las reuniones de Eva. Su amiga Magda, el eterno doctor Beltrán. Van a los conciertos. A las exposiciones. Eligen los cuadros de la casa. Cambian cada poco tiempo la decoración. La mujer del doctor Beltrán tiene un aspecto quebradizo, de vegetal seco. Se sienta durante horas en una butaca: los mira a ellos tocar el piano, subirse a una escalera para cambiar el Pinazo al saloncito y, en su lugar, colgar telas estridentes que a mí me chocan todavía. Aún no sé que son un Tharrats y un Miró. En las reuniones se discute frecuentemente acerca de esos cuadros y hay enfrentamientos porque unos los encuentran modernos y atrevidos, mientras que otros dicen que son esnobs y antipatrióticos.

Eva viaja a Misent en un par de ocasiones. Yo no quiero acompañarla, aunque tampoco

pueda decirse que ella me insista excesivamente. Se han reanudado las relaciones con los Romeu, y Eva vuelve de su segundo viaje acompañada por su madre. En realidad, yo me siento orgulloso de que doña Carmen Romeu vea lo que hemos sido capaces de hacer sin ellos, pero no siento cariño: sólo rencor. Nunca me curaré de ese rencor. Por más que quiera, que escriba, es el rencor el que da origen a estos papeles, o no, no sé, tal vez el deseo de piedad para todos nosotros: para ellos y también para mí.

La relación se ha reanudado a partir del nacimiento del niño. Eva y yo nos decimos que no es justo que ignoren que tienen un descendiente, pero los dos sabemos —sin decírnoslo— que lo que ocurre es que si nuestro ascenso y la nueva casa son «el nido» del recién nacido, también son el certificado que nos permite demostrarles su error, su falta de perspectiva. Es como decirles que Eva acertó en su elección al casarse conmigo y que ellos, al oponerse, se equivocaron. Por eso les escribimos una carta, comunicándoles el nacimiento y también que al niño le hemos puesto el nombre de Manuel como homenaje a Manolo, el hermano de Eva.

Recibimos su respuesta pocos días más tarde. Nos dan la enhorabuena, nos envían ropa y juguetes para el niño, expresan sus deseos de conocerlo, de que «pronto podamos volver a

reunirnos» y también nos comunican que Manolo no ha podido participar de «la alegría de la feliz noticia, porque, cuando recibimos vuestra carta, el pobre estaba ya en coma». Ha muerto un par de días más tarde, sin recuperar la consciencia, «aunque», añade la carta, «seguramente desde el cielo nos bendecirá a todos y muy en especial a esa criatura inocente».

El día en que llega el envío, me voy de casa. Busco a Ort, lo necesito. Tengo que contarle que ha muerto Manolo, abrazarlo, sentir que aún me queda algo de entonces, de lo que he sido, y esa noche sí que terminamos los dos desnudos en el chalet con una de sus niñas, y la aplastamos entre los dos y la jodemos como si plantásemos algo allí dentro: una semilla. Mientras nos abrazamos los tres sobre la alfombra, yo siento una vez más que la falta de estilo de Ort no es carencia, sino exceso, y sé que ese exceso de vida se me ha escapado ya, y que aquella ceremonia se parece más a un entierro que a una siembra. Enterramos nuestros cuerpos en una frágil cajita pálida que gime como un recién nacido a cada embestida y que, en el mismo tono de voz en el que gime inocente, formula deseos con lengua de poseída por el diablo.

Allí dentro se quedan nuestras ilusiones y creo que lo sabemos los dos. Yo, al menos, lo

sé: ya no volveremos a vernos más que de refilón. De lejos. Ort y yo seguimos caminos diferentes. A veces me lo encuentro a la salida del fútbol y buscamos un bar donde tomar una cerveza, y decimos: «A ver qué día de éstos quedamos con tiempo.» Pero no quedamos. Ahora lo pienso: Ort no cabe en el salón de Eva porque se enseña en exceso, no se oculta tras un piano, ni se cubre con una tela pintada por una firma cara. Se enseña como es y eso no vale en el círculo. Lo veo. Lo estoy viendo. Es curioso, pero el cuerpo de Elena, que me volvió loco, no consigo verlo, y en cambio veo el de Ort: los puños de sus camisas, sus gemelos llamativos, las manos enormes que apartan los muslos de la muñeca.

Una palmada en el hombro. Un abrazo de compromiso. «A ver qué día nos vemos más despacio.» No llegó ese día. Ni siquiera en el velatorio pude quedarme más que unos minutos. «Dame un beso, Rosa (a su mujer). Sabes lo mucho que lo hemos querido.» Cuando dije «hemos» supe que lo traicionaba. Estaba allí, corpulento, en el interior de la caja forrada de rojo, y no pude evitar el pensamiento de que pronto empezaría a transmitirle a la tierra su exceso de vida, su falta de estilo.

Vuelve la memoria como un enemigo al que nunca se derrota. Yo no aceptaba que esta casa, que había concebido como domicilio provisional y como inversión inmobiliaria, se convirtiera en hogar definitivo. Quería que la familia viviese en Misent. Y ya me imaginaba a mí en Madrid, dedicado a los negocios y cuidando mi relación secreta con Elena; y a Eva y a los niños, protegidos en un lugar junto al mar que había elegido y en una casa que ya había empezado a dibujar en mis ratos libres. Al principio, Eva me hacía ver que compartía mi ilusión por el proyecto, pero creo que a medida que empezó a darse cuenta de que era posible, una vez que nos reconciamos con su familia, se desinteresó.

Se había acostumbrado a la libertad que le ofrecía Madrid, a un círculo de amistades que se iba extendiendo en torno a nosotros como una

mancha de aceite, y la soledad de la Punta Negra debió de parecerle más una cárcel que un refugio. Yo no me di cuenta. Habíamos hablado tantas veces del proyecto, que ni siquiera se me pasó por la cabeza que ella ya no fuese la misma.

Me limité a interpretar su desinterés como temor. Yo creí que tenía miedo de volver al cerrado mundo familiar del que habíamos huido. Ahora, en la memoria, qué claridad. La casa de Misent, con su jardín abandonado, me parece un testigo irónico de mis errores. Eva y Julia ya no están; Roberto vino luego y no vivió aquellos años felices; a Manuel ya no lo tengo: es como si no estuviera. A veces ordeno las fotografías en que aparece, y lo hago siguiendo un hilo cronológico: fotos en las que posa desnudo sobre un cojín, mirando hacia la cámara con unos ojos redondos como dos bolas de cristal, fotos en las que cabalga, vestido con un trajecito marinero, sobre un caballo de cartón, y otras en las que aparece, generalmente ya con Julia a su lado, jugando en la playa de Misent. La foto con el barco de vela, las de la primera comunión.

Luego, los testimonios fotográficos se vuelven más escasos y, entre una y otra instantánea, sus rasgos sufren notables alteraciones y yo tengo la impresión de que, en ese ordenamiento, se alejan cada vez más de los míos, y mis pensamientos oscilan entre la sospecha de que su

semejanza conmigo en la lejana infancia fue sólo una ilusión y el miedo de que, después de tantos avatares, y sobre todo después de aquella triste discusión en la clínica a la que se refiere en su cuaderno, mi inconsciente se haya esforzado por poner en primer plano las diferencias, o por ver las que no existen más que en la incomprensión y el resentimiento.

«Mezquino hasta el final», escribió Manuel, refiriéndose a mí, aquella misma tarde en su cuaderno, como resumen de la discusión que habíamos mantenido cuando yo protesté porque habían convertido el cuarto de la clínica en un salón, con todas aquellas visitas y la complicidad permanente del doctor Beltrán. Esa frase parecía el negativo de la esperanza que había abierto al nacer, porque el nacimiento de Manuel puso orden en nuestra vida y vino a cerrar buena parte de las heridas de los recuerdos, por más que las reconciliaciones que propició, tanto con mi familia como con la de Eva, fuesen frágiles: suficientes, sin embargo, para que pudiéramos seguir adelante. A medida que la casa de Misent iba creciendo en altura y su espacio se ordenaba mediante los tabiques que le nacían dentro, yo pensaba a veces que Manolo, el hermano de Eva, seguía ejerciendo su influencia benéfica a través del niño que llevaba su nombre.

Volví a pisar la casa de mis padres, aunque mi padre siempre se adelantara a coger al niño y cuando me dirigía la palabra lo hiciese mirándolo fijamente a él. Nunca me dijo: «Vendrás a comer con nosotros.» Decía: «Traerás al niño a comer a casa.» Y yo me sentaba en la mesa como acompañante y entendía que era su orgullo el que nos impedía hablar.

Tampoco con mis suegros sellamos por completo el agravio, y si mi suegra, más positiva, me llamó hijo desde su primer viaje a Madrid, mi suegro mantuvo el tú despectivo al que me había acostumbrado durante el tiempo que me tocó trabajar para él, y en la mesa no vacilaba en servirse el primero y en ponerse a comer antes de que la sopa hubiera llegado a mi plato, como dejando claro que yo seguía formando parte del servicio, aunque ya por entonces fuese yo, y no él, el propietario de la Consignataria

Romeu, del Garaje Romeu y de la Joyería Romeu, y tuviera que pasarles una pensión disfrazada de pago a plazos por la adquisición de su emporio, porque ellos estaban absolutamente arruinados.

Él nunca aceptó que yo entrase como un igual suyo en aquella casa, no admitió que tenía la suficiente fuerza de voluntad para acabar siendo como ellos, para estar incluso por encima de ellos. No es de extrañar, porque, en el fondo, don Vicente Romeu pensaba exactamente igual que mi padre. Para ambos, yo no era más que un oportunista con escasos escrúpulos. Mi padre sentía el oportunismo por abandono, y don Vicente Romeu por intromisión.

De no haber sido por Manolo o, mejor dicho, por la enfermedad de Manolo, yo nunca hubiera pasado de ser el muchacho recién licenciado del ejército que le traía la tartera con la comida al contable, un maestro republicano a quien don Vicente había sacado de la cárcel y a cuyo hijo ocupaba la familia Romeu en algunos quehaceres. Pero Manuel se fijó en mí y empezó a utilizarme para llevar el correo y para ayudarlo a revisar algunos pedidos. Me tomó una simpatía que fue creciendo a medida que se desarrollaba en él la enfermedad que lo dejó en una silla de ruedas primero y que luego acabó llevándose en plena juventud.

La enfermedad estrechó mis relaciones con la familia, ya que Manolo me convocaba a su despacho cada vez con más frecuencia, y allí yo le ayudaba en el trabajo, y una vez concluida la tarea de la tarde, me pedía que me quedase con él para jugar al dominó o a las damas, o para leerle los periódicos y libros que empezaba a sostener entre las manos con dificultad. En algunas ocasiones, Eva y doña Carmen participaban en nuestros entretenimientos y, las tardes en que nos quedábamos solos porque las mujeres salían de compras o al cine, Manolo me hacía caminar ante él y me pedía que me acercara a su silla y me tocaba los músculos de los brazos y de las piernas y me decía: «Carlos, cómo envidio tu fuerza, tu salud.»

Yo sentía afecto por él. No creo que nadie pueda decir que mis atenciones fueran sólo fruto del cálculo, por más que la necesidad nos llevase a todos a mirar dónde podíamos encontrar un resquicio de futuro. Manolo fue el único cómplice con que contamos Eva y yo en nuestra relación. «¿Crees que vas a encontrar a alguien que lleve mejor tus empresas?», le dijo a su padre. Pero él le respondió que, de momento, sólo quería un yerno y que al administrador ya lo encontraría en el mercado.

Don Vicente habló con mi padre, le contó que yo pretendía nada menos que casarme con

su hija, y mi padre dejó de dirigirme la palabra. Todo Misent estaba infectado por el mismo mal. Yo veía las miradas de soslayo, las sonrisas burlonas cuando cogía el coche de Manolo para ir a Correos, para visitar la cantera o entregar los recibos en el banco; para sacarlo a él de casa y llevarlo de paseo a algún lugar de la costa. Le gustaba que le leyera en voz alta mientras escuchaba el rumor del mar. Yo era su amigo y me había enamorado de su hermana Eva. ¿Qué mal había en eso?

Ni siquiera podía criticármeme que, con mi esfuerzo, buscara el ascenso de posición social. ¿Acaso no seguí buscándolo luego limpiamente, en Madrid, sin su ayuda ni la de nadie? ¿O es que tenía que soportar para siempre la mezcla de rencor y mezquindad en que la guerra ahogó a mi padre y que él obligaba a mi madre a compartir? Su derrota no tenía por qué ser necesariamente la mía, y si el odio no les hubiera estrechado tanto la mirada, habrían sido capaces de advertir que estaba ofreciéndoles una reparación. No quería recorrer las calles de Misent con paso furtivo, ni quedarme durante horas con la cabeza entre las manos y la luz apagada, como hacía mi padre.

Ahora, ellos y su ceguera están aquí encerrados, en los cajones del aparador, amarillos y silenciosos, con sus velos y libros de misa, sus

ramos de flores, sus miradas huidizas, u orgullosas, o perdidas. La casa de mis padres, con la persiana de madera levantada, y también la casa de ellos, el salón con las kentias y la butaca con el cuerpo de Manolo consumido por la enfermedad, ya están sólo en las viejas fotografías del cajón. Lo mismo ocurre con Eva. Y también con algunos de los que vinieron después: mi pobre Julia, cuyo plazo ya concluyó, tan pronto. Quedamos Manuel, Roberto y yo, que aún vivimos dentro y fuera del cajón, siendo la vida de fuera más frágil que la de dentro. A veces, cuando miro todas esas fotografías, me da por pensar que están allí esperando a que cese nuestro movimiento para quedarse como única verdad.

Mi pobre Julia, Manuel. A lo mejor tuve miedo de transmitirles las absurdas sospechas en que viví y eso acabó dejándoles intactos no sé si el orgullo o la candidez que yo nunca pude disfrutar. Aún hoy recuerdo cuando le leía poemas a Manolo en ese rincón de la costa donde el mar arrastra los cantos rodados y se levanta la casa en la que quise representar mis sueños. Manolo me decía: «Carlos, ya aprenderás que la poesía es necesaria porque te hace vivir por encima, en el espacio puro en que crecen los sueños y las ideas.» Hoy pienso que ése es un espacio cruel al que sólo tienen acceso quienes gozaron de una adolescencia irresponsable.